

—¿Podemos hablar aquí sin temor á ser oídos?—dijo el español metamorfoseado súbitamente en inglés de cabellos rubios y de lentes negras.

—¿Por qué pregunta eso, señor?—preguntó Cerizet.—¿Quién es usted?

—Soy William Barker, acreedor del señor d'Estourny; pero voy á hacerle ver la necesidad de cerrar las puertas, ya que así lo desea. Señor, yo conozco las relaciones que tuvo usted con los Petit-Claud, los Cointet y los Sechard de Angulema...

Al oír estas palabras, Cerizet se encaminó hacia la puerta y la cerró; hizo luego lo propio con la que daba á su dormitorio y por fin le dijo al desconocido:

—¡Más bajo, señor! ¿Qué desea usted de mí?—añadió examinando al falso inglés.

—¡Dios mío!—exclamó William Barker—en este mundo cada cual para sí. Usted tiene en su poder los fondos de ese pillastre de Estourny... Tranquílicese, no vengo á pedirselos; pero, instado por mí, ese bribón, que merece ir al palo, me dió estos valores diciéndome que tal vez habría medio de realizarlos, y como yo no quiero perseguir á nadie en mi nombre, él me dijo que usted me daría el suyo.

Cerizet miró las letras de cambio y dijo:

—Pero ya no está en Francfort...

—Ya lo sé—respondió el falso Barker,—pero podía estar aun allí en la fecha de esos documentos.

—Es que yo no quiero ser responsable—dijo Cerizet.

—No le exijo á usted semejante sacrificio—dijo el falso inglés.—Usted puede encargarse de recibirlos. Fírmelos y yo me encargo de obtener el cobro.

—Me asombra ver á d'Estourny tan desconfiado—repuso Cerizet.

—Es que él sabe muchas cosas—respondió el español;—pero no le censure usted si ha distribuido su fortuna entre varios.

—¿Cree usted por ventura?...—preguntó el negociante devolviéndole al falso inglés las letras de cambio firmadas.

—Yo creo que usted guardará admirablemente sus fondos—dijo el falso inglés;—estoy seguro de ello, tan seguro que ya sé que han sido empleados en el tapete verde de la Bolsa.

—Mi fortuna está interesada en...

—En perderlos ostensiblemente—dijo William Barker.

—¡Señor!—exclamó Cerizet.

—Mire, mi querido señor Cerizet—dijo fríamente Barker interrumpiendo á Cerizet,—me hará usted un favor facilitándome esa entrada. Hágame el obsequio de escribirme una carta en la cual me diga que me entrega usted estos valores firmados por cuenta de Estourny y que el alguacil deberá considerar al portador de la carta como dueño de estos tres documentos.

—¿Quiere usted decirme su nombre?

—¡Nada de nombres!—respondió el falso inglés.—Ponga usted: *Al portador de esta carta y de estos valores...* En pago de su favor recibirá usted otro mayor.

—¿Cómo?—preguntó Cerizet.

—Con una sola palabra. Se quedará usted en Francia, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Pues bien, sepa que Jorge d'Estourny no vendrá nunca á Francia.

—¿Y por qué?

—Tiene más de cinco personas enemigas que han jurado su muerte, y yo lo sé.

—¡Ya no me asombro de que me pida siempre con qué hacer una pacotilla para irse á las Indias—exclamó Cerizet.

—Desgraciadamente me ha obligado á comprometerlo todo, y somos ya deudores de algunas diferencias. Hoy yo vivo al día.

—Procure usted echarse atrás.

—¡Ah! ¡si yo hubiese sabido antes eso!—exclamó Cerizet.

—He perdido mi fortuna.

—¡Una palabra más!—dijo Barker.—¡Discreción!... yo sé que es usted discreto; pero, y esto sí que es más difícil, ¡fidelidad! Nos volveremos á ver y yo le daré medio de hacer una fortuna.

Después de haber introducido en aquella alma de barro una esperanza que debía asegurar su discreción durante mucho tiempo, Barker se fué á casa de un alguacil con quien podía contar y le encargó que obtuviese embargos contra Ester.

—Pagarán—le dijo el alguacil;—es una cuestión de honor y nosotros sólo queremos estar en regla.

El alguacil obró con gran cautela, y fué él mismo á em-

bargar el mobiliario á la calle Taitbout, donde fué recibido por Europa. Una vez extendida la orden de prisión, Ester quedó ostensiblemente sujeta á los efectos de trescientos mil francos de deudas indiscutibles. Con todo esto, Jacobo Collín no hizo grandes dispendios de invención. Esta comedia de las deudas simuladas se representa con mucha frecuencia en París. Hay muchos Gobseck y muchos Gigonet que se prestan á ella mediante una prima. En Francia todo se hace riendo. De este modo se despluma bien á padres recalcitrantes ó se explotan pasiones. Máximo de Trailles había empleado mucho este medio, tomado de las comedias antiguas. Unicamente que Carlos Herrera, que quería salvar el honor de su sotana y el de Luciano, recurrió á una falsificación sin ningún peligro.

Antes de entablar la cuestión de estos cien mil escudos destinados á amenazar, Carlos se propuso sacarle antes cien mil francos al barón de Nucingen. He aquí cómo. Cumpliendo sus órdenes, Asia se presentó al barón como celestina encargada de la hermosa desconocida. Hasta ahora, los pintores de costumbres han sacado á escena muchos usureros; pero han olvidando á la usurera, á la prestamista del vicio, personaje curiosísimo que iba á ser representado por Asia, á quien Carlos juzgó apropiada para el caso.

—Te llamarás la señora de Saint-Esteve —le dijo el falso cura.

Carlos quiso ver á Asia disfrazada. La falsa ropavejera se presentó con traje de damasco con flores, que provenía, sin duda, de algún cortinaje. Llevaba además un cuello de encaje y un sombrero feísimo; pero iba calzada con zapatos de Irlanda.

—¡Y la hebilla de mi cinturón! —dijo Asia enseñando aquel útil que comprimía su vientre de cocinera. —¿Eh? ¿qué le parece? ¿Y la ropa?... cómo me afea ¿verdad?

—Al principio sé melosa —le dijo Carlos, —tímida casi, desconfiada como una gata, y sobre todo haz que el barón se avergüence de haber empleado á la policía, aunque debes hacer ver que no les temas á los agentes. En fin, dale á entender al parroquiano, en términos más ó menos claros, que desafías á todos los policías del mundo á que averigüen el paradero de la desconocida hermosa. Cuando el barón te haya dado derecho á golpearle el hombro llamándole

«corrompido», vuélvete insolente y hazle andar detrás de ti como un lacayo.

Amenazado de no volver á ver á la falsa tendera si se entregaba al menor espionaje, Nucingen veía á Asia cuando iba á la Bolsa, á pie, en un miserable entresuelo de la calle Neuve-Saint-Marc, una habitación prestada, ¿por quién? el barón no pudo nunca obtener la menor luz respecto á este punto... Estos senderos fangosos ¿cuántas veces han sido frecuentados por los enamorados millonarios? De esperanza en esperanza, la señora de Saint Esteve le hizo llegar al barón á intentar *á toda costa* saber todo lo concerniente á la desconocida.

Entretanto, el alguacil seguía obrando, y como no hallaba resistencia en casa de Ester, no perdía más tiempo que el de los plazos legales. Luciano, guiado por el cura, visitó cinco ó seis veces á la reclusa de Saint-Germain. El feroz conductor de aquellas maquinaciones había juzgado necesarias aquellas entrevistas para impedir que Ester desmejorase, pues la belleza de la judía era un punto capital. En el momento de dejar la casa del guarda, llevó á Luciano y á la pobre cortesana al borde del camino desierto, á un lugar desde el cual se veía París y desde donde no podían ser escuchados por nadie. Los tres se sentaron al sol naciente, en un tronco de álamo que yacía en aquel paisaje, que es uno de los más hermosos del mundo, porque abraza el curso del Sena, Montmartre, París y Saint-Denis.

—Hijos míos —dijo Carlos, —vuestro sueño ha acabado. Tú, hijita, no verás más á Luciano, ó, si lo ves, debes decir que lo has conocido hace cinco años durante unos días solamente.

—¡Entonces ya llegó la hora de mi muerte! —dijo Ester sin echar una lágrima.

—¡Bah! hace cinco años que estás enferma —dijo el cura. —Figúrate estar tísica, y muérete sin aburrirnos con tus elegías. Pero vas á ver cómo puedes vivir aun, y muy bien... Déjanos, Luciano, vete á coger *sonetos* —le dijo el poeta enseñándole un campo á pocos pasos de ellos.

Luciano le dirigió á Ester una mirada suplicante, una de esas miradas de hombre débil y ambicioso, llenas de ternura en el corazón y de cobardía en el carácter. Ester le respondió con un movimiento de cabeza que quería decir: «Voy á escuchar al verdugo, para saber cómo debo poner

la cabeza bajo el hacha, á fin de morir con valor». Aquel movimiento fué tan gracioso y denotó tanto horror, que el poeta lloró. Ester corrió hacia él, lo estrechó entre sus brazos, bebió aquella lágrima y le dijo:

—¡No tengas cuidado!

Pero se lo dijo de ese modo que se dicen las cosas cuando brotan del alma.

Carlos empezó á explicar claramente, sin ambigüedades y á veces con horribles frases, la situación crítica de Luciano, su situación en el palacio de Grandlieu, su hermoso porvenir si triunfaba y la necesidad en que se hallaba Ester de sacrificarse por él.

—¿Qué es preciso hacer?—exclamó la joven fascinada.

—Obedecerme ciegamente — le contestó Carlos.—¿De qué puede usted quejarse? Sólo de usted dependerá el labrarse un hermoso porvenir. Va usted á ser lo que son Tulia, Florina, Marieta y la Val-Noble, sus antiguas amigas, la querida de un hombre rico á quien no ama. Una vez arreglados nuestros asuntos, ese enamorado barón es bastante rico para hacerla á usted dichosa.

—¡Dichosa!—exclamó Ester levantando los ojos al cielo.

—Ha gozado usted cinco años de paraíso. ¿No se puede vivir con semejantes recuerdos?

—Le obedeceré—dijo la joven enjugándose una lágrima.

—De lo demás no se preocupe. Como ha dicho usted muy bien, mi amor es una enfermedad mortal.

—Es que no basta con obedecer, sino que es preciso que se conserve usted hermosa —le advirtió Carlos.— Á los veintidós años y medio, se halla usted en el grado sumo de su belleza, gracias á su dicha pasada. En fin, sobre todo vuelva usted á ser la Torpedo. Sea traviesa, gastadora, astuta, y no tenga lástima de ese millonario que le entrego. ¡Escúcheme!... ese hombre no ha tenido compasión á nadie y se ha enriquecido á costa de la viuda y del huérfano, y usted será la vengadora de sus víctimas... Así vendrá á buscarla en coche y esta noche estará usted en París. Si dejase usted sospechar sus relaciones de seis años con Luciano, sería como si le pegase usted un tiro en la cabeza. Si le preguntan dónde ha estado, responda que ha ido de viaje con un inglés muy celoso. Antes tenía usted talento para charlar, y ahora debe sacarlo á relucir.

¿Habéis visto una cometa radiante, ese gigante de las

mariposas de la infancia, recamada de oro, cerniéndose en los cielos?... Los niños olvidan un momento la cuerda y un transeunte la corta: el meteoro cabecea y cae entonces con espantosa rapidez. Tal le ocurrió á Ester cuando oyó á Carlos Herrera.